

LA BRUJA DEBE MORIR

De qué modo los cuentos de hadas
influyen en los niños



SHELDON CASHDAN

DEBATE

La bruja debe morir

De qué modo los cuentos de hadas
influyen en los niños

SHELDON CASHDAN

Traducción de
Martín Sacristán

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

La bruja debe morir

Prólogo

Agradecimientos

1. Había una vez

2. En el interior de la bruja: las bellas durmientes

3. Vanidad: espejo, espejo

4. Glotonería: a donde llevan las migas de pan

5. Envidia: si la zapatilla encaja...

6. Objetos que aman

7. Engaño: cuentos hilados, mentiras tejidas

8. Lujuria: una cola marina

9. Avaricia: la recompensa de la habichuela

10. Holgazanería: el sueño de Geppetto

11. En el interior de Oz: vamos a ver al Mago

12. Habrá una vez

Apéndice. El uso de los cuentos de hadas

Sobre este libro

Sobre Sheldon Cashdan

Créditos

Notas

*Para Ariane,
que nunca se cansa de La Princesa Rana*

Prólogo

El tres es un número singular en los cuentos de hadas. En *Blancanieves*, la reina madrastra tienta a la protagonista con regalos letales en tres ocasiones diferentes. Tras esquivar al príncipe en los dos primeros bailes, Cenicienta pierde su zapatilla en el tercero. Y la hija del molinero promete su primogénito a Rumpelstilzchen en la tercera aparición del hombre-cillo. El número tres es un elemento esencial de los cuentos de hadas: tres visitas, tres pruebas, tres promesas.

Me planteé tres objetivos —tres deseos, por decirlo así—. Cuando me dispuse a escribir *La bruja debe morir*, el primero fue proporcionar a los lectores una nueva forma de entender los cuentos de hadas. ¿Qué significan estos inmemorables relatos? ¿Qué sentidos más profundos entrañan? Los cuentos de hadas son los primeros relatos que escuchamos, y aunque están destinados a maravillar y a entretener, ofrecen también los medios para canalizar conflictos psicológicos. Utilizando «los siete pecados capitales de la infancia» como hilo conductor, *La bruja debe morir* muestra cómo los cuentos de hadas ayudan a los niños a hacer frente a la envidia, a la avaricia, a la vanidad y a otras inclinaciones problemáticas.

El segundo objetivo fue regresar a los cuentos de hadas de nuestra infancia para iluminar los significados ocultos que

fueron ignorados entonces. Pocos niños entienden por qué Blancanieves deja entrar tres veces en la casita a la diabólica reina, a pesar de las reiteradas advertencias de los enanitos; o por qué, en *El Príncipe Rana*, la princesa rechaza la petición de la rana de saltar a su cama. ¿Es simplemente porque la rana está húmeda y fría, o hay algo más? Y no queda claro de buenas a primeras que la razón por la cual la bruja corta las trenzas de Rapunzel sea castigarla por haber quedado embarazada, a menos que se deje ver inmediatamente que el delantal ya no se ajusta a la cintura de la joven. Los adultos apenas tienen dificultad para establecer estas relaciones, los niños, por el contrario, sí la tienen.

El tercer objetivo fue descubrir a los lectores los cuentos de hadas perdidos, aquellos que nunca llegaron a los libros de cuentos infantiles por su naturaleza provocativa y, a menudo, sexual. Relatos como *El enebro* y *La princesa que no sabía reír* fueron dejados de lado y se perdieron para la posteridad. Sin embargo, estas poderosas y conmovedoras historias forman parte del rico patrimonio de los cuentos de hadas y de la narrativa en general, y contienen las semillas de otras que conocemos y apreciamos, como *Cenicienta*, *Hansel y Gretel* y *La Bella Durmiente*.

Cuando las tres visitas han concluido, se han ejecutado con éxito las tres tareas y cumplido los tres deseos, el cuento acaba, y todos —excepto, quizá, la bruja— viven felices para siempre. También *La bruja debe morir* tendrá un final feliz si la magia lo permite. Incluso —aunque es imposible prometerlo—, puede que algunos lectores vivan también felices para siempre. Nunca se sabe qué es lo que hace realidad los deseos.

Agradecimientos

Un libro es un cuento de hadas. Comienza como un sueño y termina como un sueño cumplido. Como todos los cuentos de hadas, *La bruja debe morir* tiene un elenco de personajes. Las hadas madrinas son las mujeres de Linda Chester Literary Agency: Linda, Laurie Fox y, especialmente, Joanna Pulcini. Fue Joanna quien vio el destello en mis ojos y comprendió que era un libro. Joanna no solo fue un manantial permanente de apoyo y estímulo, también hizo una valiosa contribución en diversas fases de la escritura y me ayudó a perfilar muchas ideas. Es una persona maravillosa y una agente excepcional.

Jo Ann Miller, mi editora en Basic Books, es la bruja buena de la historia. Con su especial toque mágico, su asombroso conocimiento de la psicología y su penetrante ingenio, ayudó a dar forma a la versión final. Su cuidado y su pericia resplandecen en cada página, y me siento afortunado por haberla tenido a mi lado mientras hacía mi camino a través del bosque. Igual que Glinda mostró a Dorothy la vuelta a Kansas, Jo Ann me mostró el camino del libro.

Eva, mi mujer, es la princesa de la obra. Se sacrificó con generosidad y nunca se quejó. No sé cuántas veces leyó y releyó los borradores del manuscrito, o me ayudó a aclarar un pensamiento complejo. Gran parte de lo bueno de este li-

bro se lo debo a ella. Pero le debo mucho más. Hace años cambió mi vida con un beso. Si no fuera por ella, yo continuaría sentado en una alfombra de lirios contemplando la luna.

En mi infancia me dijeron que en los cuentos de hadas residen significados más profundos que en ninguna otra verdad de las que se enseñan en la vida.

FRIEDRICH SCHILLER

Yo era Blancanieves, pero luego me dejé llevar.

MAE WEST

1

Había una vez



Dos veces he visitado los cuentos de hadas: la primera, de niño; la segunda, años más tarde, de adulto. Como sucede en todas partes, mis padres me leyeron *Hansel y Gretel*, *Jack y las habichuelas mágicas* y otros cuentos populares. Pero las impresiones más vividas que de los cuentos de hadas recibí en la infancia llegaron vía Walt Disney. Me veo en la sala oscura de un cine, sentado en el borde de la butaca, conteniendo el aliento mientras el guardabosque, en *Blancanie-*

ves, se preparaba para extirpar el corazón de la heroína. Como los niños que me rodeaban, respiré con alivio cuando el guardabosque desobedeció la orden de la reina y dejó escapar a Blancanieves. Después canté durante meses «¡Aijó, aijó, marchemos al hogar!». Hoy tengo dificultad para nombrar a todos los enanitos, pero las imágenes de la diabólica reina, de Blancanieves y de los siete enanos engalanan para siempre mi memoria.

Pasaron muchos años antes de que me acercara de nuevo a los cuentos de hadas. En una época, impartí unas sesiones sobre psicoterapia con niños a los licenciados de cierta universidad. Como parte de mis obligaciones también daba clase a los estudiantes. Uno de mis cursos favoritos, un seminario titulado «Psicología de la fantasía y del folclore», desbordó mi viejo interés en el papel que desempeña la fantasía en la vida de los niños. El propósito del seminario era explorar el significado de los cuentos de hadas y mostrar cómo afectan estos relatos al desarrollo psicológico del niño. Sentados en círculo las tardes de los lunes, los estudiantes y yo examinábamos los cuentos clásicos de los hermanos Grimm y el cuento de hadas más famoso del siglo xx, *El Mago de Oz*.

Me impresionó ver con cuánta pasión los estudiantes hablaban de estos relatos. La atmósfera era diferente de la de otros cursos, en los cuales los estudiantes solo se sentaban y tomaban apuntes. Cada uno traía de su infancia un cuento de hadas favorito, que afectaba a una fibra emocional sensible. Una chica recordaba que su madre le leía *Cenicienta* a la hora de acostarse, y que le exigía que le relejera la escena del hada madrina antes de apagar la luz. Había algo irresistible con respecto al vestido de oro y plata y a las joyas.

¿Por qué los cuentos de hadas desencadenan estas intensas reacciones años después de habernos encontrado con ellos? ¿Nos cambian en algún sentido? Si es así, ¿de qué manera? ¿Qué hay detrás de su perdurable atractivo? Al tratar de contestar estas preguntas descubrí ciertos mitos alrededor de los cuentos de hadas, muchos de los cuales compararía con mis estudiantes.

MITO 1: LOS CUENTOS DE HADAS SON RELATOS PARA NIÑOS

Algo que aprendí estudiando los cuentos de hadas fue que un número sustancial de ellos nunca llegó a los libros de cuentos infantiles. En cierto sentido, no fue una sorpresa. Algunas compilaciones de cuentos de hadas contienen tantos relatos que resultarían inmanejables si se las reprodujera por completo. *Cuentos de la infancia y del hogar (Kinder- und Hausmärchen)*, de los hermanos Grimm, fácilmente supera los doscientos cuentos de hadas, de los cuales apenas una docena se suele compilar en los libros infantiles.

Aunque no se trata solo del mero volumen de cuentos de hadas. *Cuentos de mi madre la Oca (Contes de ma Mère l'Oye)*, de Charles Perrault, contiene solo doce cuentos de hadas, entre ellos *Cenicienta*, *Caperucita Roja* y *La Bella Durmiente*. Alguno de los relatos de esta colección no aparece en las ediciones modernas de libros de cuentos. Las omisiones son particularmente misteriosas, pues los cuentos omitidos son tan cautivadores como los conservados. Uno de los primeros es *Piel de Asno*. Empieza así:

Érase una vez un rey tan querido por sus súbditos que se consideraba el monarca más feliz del mundo. Era incomparablemente rico, y poseía cuerdas con los sementales árabes más hermosos. En una de sus caballerizas había un asno mágico. Era la propiedad más preciada del rey porque gozaba de un don excepcional: excretaba oro. Cuando los servidores del rey llegaban cada mañana al establo encontraban monedas de oro esparcidas entre los excrementos del animal. De este modo, el burro mágico era para el rey una fuente inagotable de riqueza.

Tras muchos años de prosperidad, el rey recibió la terrible noticia de que su mujer se estaba muriendo. Pero antes de morir, la reina, que siempre había procurado la felicidad del rey, le dijo sacando fuerzas de flaqueza:

—Sé que por el bien de tu pueblo, y por el tuyo propio, debes volver a casarte. Pero no te apresures. Espera hasta encontrar a una mujer más bella y más ordenada que yo.

Los años pasan y los esfuerzos del rey fracasan. No hay en el reino nadie cuya belleza supere la de la antigua reina. Pero un día el rey se da cuenta de que sí hay una persona más bella que su difunta esposa. Esa persona no es otra que su hija. La princesa se ha convertido en una bella doncella y está ya en edad para casarse, y el rey se dispone a desposarla.

La princesa quedó horrorizada cuando conoció los planes de su padre. Corrió a ver a su madrina, un hada sabia y poderosa, quien le aconsejó disuadir al rey pidiéndole regalos de boda que no pudiera entregarle. Siguiendo el consejo de su madrina, la princesa pidió primero un vestido que centellease como las estrellas; a la mañana siguiente encontró tras su puerta un vestido tachonado de estrellas. A continuación, pidió un vestido hecho de rayos de luna; de nuevo, su deseo se cumplió. Finalmente, exigió un vestido tan luminoso como el sol. Al despertar a la mañana siguiente

descubrió en su puerta un vestido dorado de brillo inimaginable. Una a una, su padre había logrado satisfacer todas sus peticiones.

Desesperada, la princesa acudió de nuevo ante su hada madrina para preguntarle qué hacer. La anciana aconsejó a la asustada princesa que pidiese al rey la piel del preciado asno. Estaba segura de que el rey nunca mataría al asno, porque era la fuente de toda su riqueza.

—Del asno obtiene sus enormes riquezas —le dijo el hada madrina a la princesa—. Estoy segura de que nunca concederá tu deseo.

Para consternación de la princesa, el rey mató al asno mágico y presentó la piel a su hija como regalo de boda. La madrina advirtió la desesperada situación y dijo a su ahijada que debía escapar. Le dio instrucciones para que se untase de hollín la cara y las manos, se cubriese con la piel del asno y abandonase el palacio protegida por la oscuridad.

—Vete tan lejos como puedas —le dijo—. Tus ropas y tus joyas te seguirán bajo tierra; si golpeas tres veces el suelo, tendrás inmediatamente todo lo que necesites.

Las aventuras de una joven acosada que huye de su padre disfrazándose de animal es un tema frecuente en los cuentos de hadas. En un cuento italiano titulado *L'orsa* (*La osa*) la princesa coloca entre sus labios una pajita mágica que la convierte temporalmente en osa, y de ese modo puede escapar del castillo y de su padre. En *Allereiruh*, un cuento folclórico alemán, una doncella pide a su padre, el rey, que le confeccione un vestido con la piel de mil animales diferentes. Cuando su padre le entrega el vestido, cumpliendo así la «imposible» petición, ella se disfraza con él y huye al campo.

La asustada princesa de *Piel de Asno* también huye al campo, donde se topa con el castillo de un príncipe. Consigue trabajar como lavandera en el castillo y se mantiene aislada